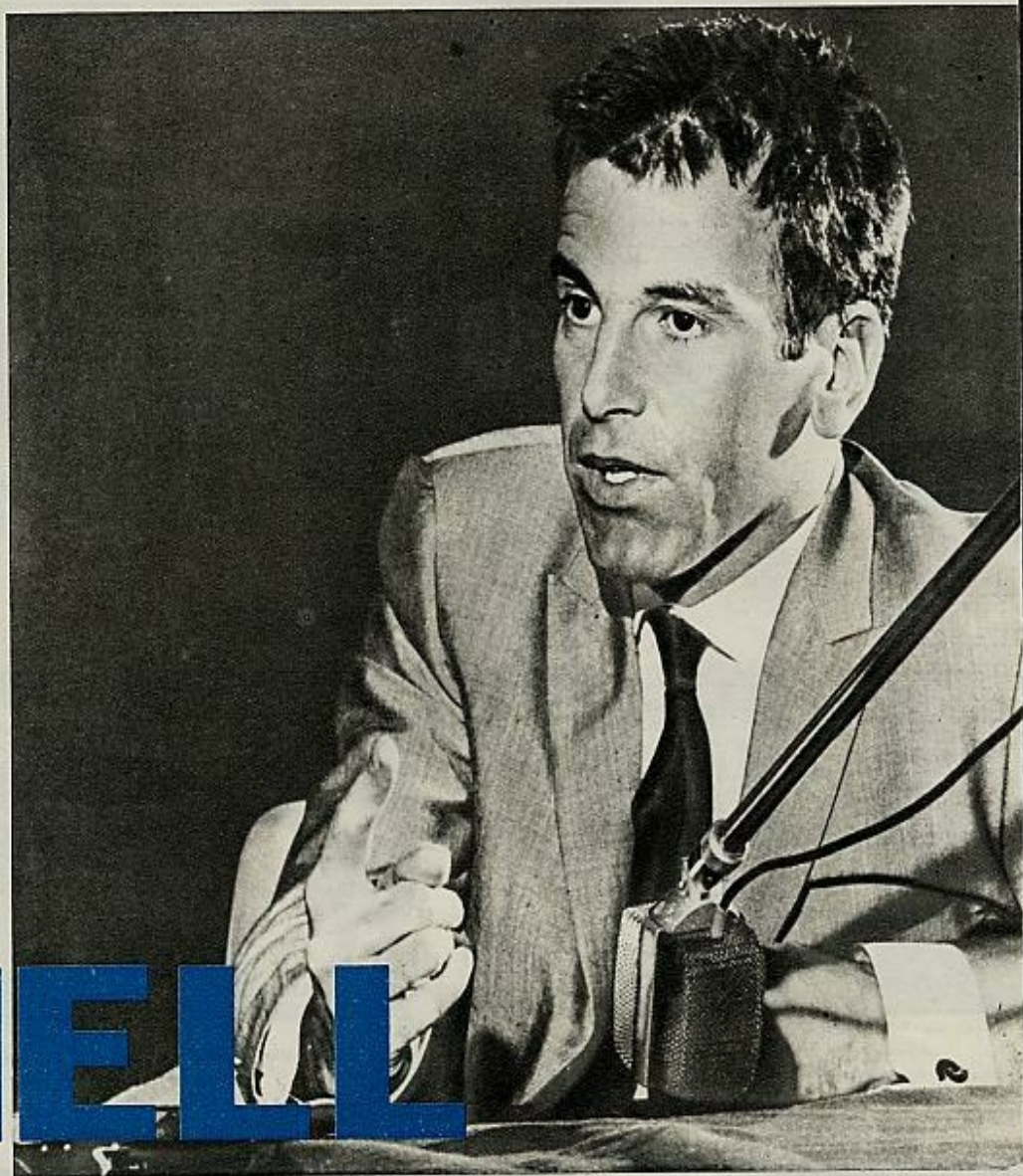


# MAXIMILI

UNO  
DE  
LOS

SHELL



LOS NAZIS LE PERSIGUIERON: AHORA HOLLYWOOD

**H**ACIA el final de 1956 un joven se dispuso a realizar un extraño recorrido por Alemania; se hubiera podido llamar el itinerario de un nostálgico. Comenzó en Munich, visitando las cervecerías donde se celebraron las primeras reuniones nazis y en las que Hitler lanzó las doctrinas de la raza elegida, del neopaganismo y del *Führerprinzip*. Prosi-

guió luego a Nuremberg, a los lugares de las reuniones «nibelúngicas» del partido. Recorrió un tercio del país buscando relacionarse con oficiales de la Wehrmacht, funcionarios nazis huidos cuando la depuración, exponentes del régimen. Les explicaba que estaba haciendo, para su periódico, una encuesta sobre el Tercer Reich. Los consultados le hacían

confidencias, impresionados por el buen aspecto, la energía, la profunda seguridad en sí que emanaba del joven. Así fue como se documentó Maximilian Schell para interpretar el primer personaje importante de su carrera cinematográfica. En el film «Los jóvenes leones», sacado de una novela del escritor americano Irwin Shaw, debía hacer verdadero el drama de

un joven oficial nazi fanático que, en la guerra, queda mutilado y desfigurado y que prefiere matarse antes que ver caer los mitos en los que ha creído ciegamente y por culpa de los cuales se encuentra deformado e irreconocible.

Cuando el director Dmytryk le propuso el papel, Schell tuvo un instintivo movimiento de confusión: era judío y temía no conse-

# A N

exaltación hideriana, pidió un poco de tiempo, para comprender, para entrar —él, perseguido— en la piel de los perseguidores, de forma que al espectador no le pareciera superficial el personaje. Cuidadosamente, leyó libros de historia y efectuó un peregrinación a través de las reliquias del nazismo. Cuando fue presentada al público esta película, los alemanes mismos quedaron asombrados por la verdad que había en el personaje; encontraron en él toda la rabia, el miedo, la locura, a la cual habían estado acostumbrados en los años del nazismo. Schell les pareció un verdadero actor.

Fue el primer paso de una carrera que en pocos años ha llevado a Maximilian Schell al Oscar y a dejar de ser «el hermano de María Schell». Hoy, el joven actor austriaco, ya popularísimo, interpreta, junto a Sophia Loren, «Los secuestrados de Altona», de Sartre, y está dirigido por un director de prestigio internacional como Vittorio de Sica; la ejecución del film ha comenzado hace unos días en Hamburgo. Maximilian Schell ha logrado el éxito con un método tenaz, con un constante y seguro progreso, a través de una sabia valoración de sus propias fuerzas y posibilidades.

Los Schell son una familia de artistas. El padre, Hermann Ferdinand Schell —poeta, novelista, dramaturgo, crítico teatral suizo— se trasladó a Viena en los años veintitantos. La ciudad se iba recuperando de la derrota del 14; continuaba siendo una gran capital teatral y en 1928 se presenta una magnífica versión de «La ópera de los cuatro cuartos», de Brecht. Aún la electricidad está racionada, pero se concede ampliamente a dos únicas clases de edificios: hospitales y teatros. La actriz más bella e inteligente del momento es Margaretha von Noe. El crítico escribe una crónica severa sobre su espectáculo, la artista protesta y de la discusión al matrimonio, sólo hay un paso. Van a vivir a una calle aristocrática de la ciudad de los Habsburgo, entre imponentes iglesias y palacios de

el último canciller austriaco, Kurt von Schuschnigg, llamará, diez años después, un «requiem en rojo-blanco-rojo» (los colores de la bandera de la república austriaca). Los nazis ocupan el país. Antes de que los tanques de Hitler enfilen a lo largo del fabuloso anillo de carreteras que rodea Viena, Schell, que teme sufrir persecuciones racistas, se refugia en Suiza con la familia.

En la serenidad de Zurich y de Basilea, los niños manifiestan todos una precoz inclinación: quieren abrazar la carrera de la madre. «Es preciso disuadirlos porque de otra forma haremos cuatro desgraciados», murmura Margaretha von Noe. El padre, más optimista, espía con satisfacción a Margaretha que, encerrada en su habitación, declama ante el espejo, horas y horas, Goethe y Schiller. Pero será Max quien dé las mayores sorpresas. A los once años, el chico le lleva, con la cara muy seria, un manuscrito: su primera comedia. Poco tiempo después debuta en una velada escolar como el hijo de Guillermo Tell. Su primer esfuerzo interpretativo consiste en mantener sobre la cabeza la famosa manzana.

A los dieciocho años, Max es dominado por tres pasiones: el estudio, el deporte y el teatro. Es uno de los mejores alumnos de la Universidad de Zurich y obtiene la licenciatura de filosofía discutiendo una tesis sobre el concepto del arte. Pero en el tiempo libre juega al fútbol en un equipo de primera división y se entrena concienzudamente para defender con honor su puesto en la selección nacional de remo. Es también el redactor deportivo de un periódico de Zurich. Tras sus estudios, una obsesión de emulación le lleva de nuevo al teatro. La hermana mayor, Margaretha, trabaja ya en el cine con el nombre de María y está a punto de alcanzar el éxito. Karl Heinz y la otra hermana, Immy, que ha adoptado el seudónimo de Edith Nordberg, son actores teatrales y reciben muchos elogios. Max termina con el grado de

director y una comedia moderna, «Un joven de nuestro tiempo». El director y productor húngaro Laszlo Benedek, huido a Hollywood, le ofrece un pequeño papel en «Los chicos, la madre y el general». Poco después se le presentará una ocasión mejor, en «Dos puentes en el camino del anochecer», con la actriz sueca Ulla Jacobsson.

## excelente en los papeles de gente que odia

Pero ahora se presenta un problema: el del nombre artístico. El joven no duda: continuará llamándose también en la pantalla Maximilian Schell. La decisión desagradada a la hermana, ya famosa, que primero le escribe y luego le expone a voces sus razones: teme que el público confunda los dos nombres y que eso pueda perjudicarla. No duda llegar a convencer al hermano. María Schell está considerada, en aquel momento, como la actriz más aplaudida y la mujer más testaruda de Alemania. Se ha impuesto aceptando papeles que todos le aconsejaban rechazar. Los directores la han hecho interpretar sólo personajes femeninos maltratados, traicionados, abandonados, físicamente pequeños, destinados a una muerte desgraciada. «No te destacarás nunca —le decían los amigos—. El público no se encariña con una actriz que en todas las películas muere violentamente.» María sonreía como siempre, dulce y melancólica. En 1957 será una de las artistas más populares del mundo y le quitará a Marilyn Monroe un papel para el cual la infortunada actriz americana se había preparado cuidadosamente durante meses: el papel de Grushenka en «Los hermanos Karamazov». María Schell obtuvo aquel papel y se lo comunicaron precisamente en el día más feliz de su vida: la llamada por teléfono del

## LE HA DADO UN OSCAR POR DEFENDERLOS

guir, ni aun poniendo en juego los más refinados recursos del oficio, dar verosimilitud a un personaje completamente opuesto a toda su experiencia de la vida. La imagen del nazismo para él estaba ligada estrechamente a la fuga de su familia, israelita, de Austria, en el momento del *Anschluss*, de la invasión alemana. Por eso, antes de interpretar al oficial delirante de

fachada barroca. La familia Schell lleva una plácida vida de burgueses ricos, como en las novelas de Thomas Mann, entre un estreno y una excursión al Kahlenberg. Se suceden los nacimientos: Margaretha, Karl Heinz, Maximilian (el 8 de diciembre de 1930), María Inmaculada. La vida transcurre pacífica hasta el 11 de marzo de 1938, cuando se produce lo que

teniente su servicio militar (aún ahora debe pasar en Suiza tres semanas al año por sus obligaciones militares) y comienza un duro aprendizaje de cuatro años en teatros de provincias. Su tipo atlético, sus ojos penetrantes, la claridad de la dicción, su rostro «alemán», atraen la curiosidad del público: y él la aumenta interpretando en la televisión un Hamlet arrebatado

director le llegó en la tarde de su matrimonio con el director alemán Horst Haechler. Pocos días después se dedicará a aprender a conducir la *troika* para no tener que ser substituida por un doble en el film. Cada vez que tuvo que trabajar en un país nuevo, estudió su lengua. Tiene una voluntad de hierro, pero el hermano le lleva ventaja. «Con-

**SIGUE**

## MAXIMILIAN UNO DE LOS SCHELL

tinuaré llamándome Schell —él le dijo— y si dicen de mí que soy el hermano, eso es cuenta mía.» Efectivamente, en una recepción, un productor le dijo: «¿Es usted el hermano de María Schell?» Maximilian le respondió: «Es María Schell quien es mi hermana.»

Después de «Los jóvenes leones» llueven sobre el actor ofertas tentadoras: historias de amor, comedias brillantes, hasta un film *western*. Se ve una vez más la terquedad de los Schell, su orgullosa seguridad de saber perfectamente lo que quieren. Maximilian rechaza, una tras otra, seis ofertas de trabajo: no las considera interesantes. Finalmente llega la invitación de un director decidido y anticomercial, Stanley Kramer. Se trata de interpretar «Vencedores y vencidos», un guión de Abby Johnson que Schell había recitado ya en la televisión. Se habla en el film de la responsabilidad colectiva del pueblo alemán en los crímenes nazis y el cambio de comportamiento de los aliados ante Alemania cuando los Estados Unidos fueron obligados a medirse con Rusia en el problema del puente aéreo de Berlín. El judío Max Schell debe interpretar una vez más los sentimientos de «los otros», de los equivocados. Será un abogado que defiende, con violento énfasis, a algunos criminales nazis y que, para justificar su proceder, representa, en un tribunal de Nuremberg en la posguerra un turbio espectáculo, esforzándose en aterrozar y confundir a los testigos con la misma vehemencia que se empleaba en los procesos de la Alemania hitleriana. Schell se hunde nuevamente en el clima del Tercer Reich. Sus ojos se hacen magnéticos, la mandíbula es prominente como en los héroes de las estampas, la figura se yergue como una estatua, el gesto vibra, el tono de voz es sarcástico y cortante. Su defensa de las ideas que odia de todo corazón es premiada con un Oscar. Los críticos escriben que Max Schell anuncia la llegada de una oleada de inteligencia europea a esa Hollywood que ya había disfrutado de los talentos alemanes y austriacos de Marlene Dietrich, Fritz Lang, Lubitsch, Pabst.



Su trabajo en «Vencedores y vencidos» le valió el Oscar unos años antes de la fecha en que esperaba obtenerlo.



Schell, con De Sica, en la nueva película del director italiano. Maximilian Schell interpreta allí el papel de un nazi fanático.

## ABANDONADO POR NANCY KWAN, HA ENCONTRADO REFUGIO EN EL BUDISMO

EN LA VIDA PRIVADA:  
FRACASO  
SENTIMENTAL

A la interpretación de «Vencedores y vencidos» han seguido la de un film rodado en Munich («Ejercicio para cinco dedos») y otro, en Roma, que narra la vida de San José de Copertino. Schell ha aceptado esos papeles después de pensarlo mucho. La atención con la que lee los guiones le permite no encontrarse nunca ante sorpresas. Ha experimentado una sola y gran desilusión. El director Otto Preminger iba a rodar en Palestina «Exodus» y Schell deseaba personificar la figura de un joven oficial israelita que combate por su tierra. Cuando se lo dijeron, Preminger se rió: «¿Schell? Es muy bueno, pero tiene cara de nazi. No hay nada que hacer.»

Ciertamente, también en «Los secuestrados de Altona» el actor —que mientras tanto ha escrito un drama: «La ciudad se oscurece»— interpreta a un ex nazi que se ha encerrado en una habitación, al fin de la guerra, y prepara la defensa de los camisa parda ante la posteridad. Mientras rueda este film se ha empeñado en uno de los proyectos más ambiciosos del cinema alemán de todos los tiempos. Ha fundado, con su hermana, con Lili Palmer y con el actor austriaco Otto Fisher, una casa productora que lanzará una película de 80 millones de pesetas (el costo medio de un film alemán es de 20 millones), «María Estuardo», versión de la tragedia de Schiller. María Schell será la Estuar-

do, Lili Palmer la reina Isabel, Otto Fisher Wallenstein y Maximilian Schell el conde Leicester. La casa productora ha tomado como modelo la famosa United Artists, que en 1919 reunió los mejores talentos del cine americano: Charlie Chaplin, Douglas Fairbanks, David W. Griffith y Mary Pickford.

### cuando recibió el oscar rompió a llorar

Se daba por hecho que en el grupo entraría Nancy Kwan: una actriz euroasiática de veintidós años, intérprete de los films «El mundo de Suzie Wong» y «Flor de loto», prometida del «doctor Schell» hasta hace muy poco. Nancy y Maximilian se conocieron en Nuremberg, cuando él rodaba «Vencedores y vencidos».

Schell insistió mucho en que acerca de aquel matrimonio, que ya no se llevará a cabo, no se tejesen las acostumbradas fantasías publicitarias. Este hombre sencillo, no tímido, pero sin duda muy encerrado en sí mismo; hacia los demás se comporta con exquisita cortesía, pero sin dar confianzas. Se niega a usar el automóvil de la casa de producción. Es muy deportivo y asombra a los colegas por su habilidad en el ajedrez y por su estupendo apetito; por la mañana desayuna dos huevos, zu-



Nancy Kwan, la actriz euroasiática de 21 años, que ha abandonado a Schell, dejándole sumido en una grave depresión. Schell ha encontrado refugio en el budismo.



Schell con Emy de Sica. Se habló con insistencia de un romance entre los dos. Celoso de su vida privada, Schell lo desmentía. El tiempo lo ha desmentido también.

mo de naranja, queso y mucho café.

Una de las características de Schell ha sido siempre su aplicación en el trabajo. Se dedica al estudio de los guiones, a la documentación, a la creación de la atmósfera en la que respiran sus personajes. Sabe autocentrarse, disciplinarse, imponerse una norma de vida con un rigor casi austero y llega a prever las etapas en que se desarrollará su carrera. Ha cometido un error: creía poder obtener el Oscar sólo dentro de tres o cuatro años. Por eso, en la recepción para la entrega de las estatuillas, tuvo una crisis de llanto. Los presentes sonrieron. El nazi de las películas, el fanático, lloraba de alegría. Por una vez se ha despertado en él la dolorosa humanidad de Max Schell, del muchachito judío que a los siete años debió abandonar todos sus juguetes porque las bandas de Seyss-Inquart estaban a punto de llevar el terror y el odio a la antigua y deliciosa ciudad de María Teresa.

### schell y el budismo

Ya hemos dicho, líneas atrás, que Maximilian Schell y Nancy Kwan han roto su compromiso. Nancy ha dejado al «doctor Schell» por otro. Como consecuencia, Schell ha atravesado una grave crisis, una aguda depresión. He aquí la otra cara, el lado íntimo y más personal, de este actor que hacia los demás se sigue mostrando cortés y afable, y que mantiene su vida privada al margen de la publicidad... en la medida que le es posible, naturalmente. El introvertido Schell ha superado ya su crisis. Schell se ha convertido al budismo, y en esta religión oriental, al parecer, ha encontrado el necesario refugio para su amor desafortunado por Nancy Kwan. En un alarde de franqueza, ha dicho: —El budismo me ha salvado de la locura.

GUIDO GEROSA